

LA IGLESIA LOCAL, AGENTE DE TRANSFORMACION INTEGRAL

C. René Padilla

Hay buena base para afirmar que la idea de la *misión integral* está instalada en el pueblo evangélico latinoamericano. Abunda la evidencia que demuestra que para un creciente número de cristianos e iglesias la frase *misión integral* sintetiza toda una manera de concebir la tarea que, como discípulos de Cristo, tienen en el mundo. Sin embargo, no basta asentir intelectualmente al concepto de misión integral para que ésta se concrete en la realidad que rodea a una iglesia local. Para que esto suceda, es indispensable que la iglesia misma reúna ciertos *requisitos o condiciones que la habiliten para la práctica de la misión integral*. En otras palabras, las iglesias que producen un verdadero impacto *evangélico* derivado del evangelio y consecuentemente transformador en la sociedad son iglesias que tienen ciertas características en común que no impiden sino facilitan ese impacto. Mi propósito en esta ponencia es examinar brevemente estas características o marcas de una iglesia que por el poder del Espíritu está en condiciones de cumplir en su entorno el papel de

“sal de la tierra” y “luz del mundo” al cual han sido convocados los seguidores de Jesucristo.

Mi tesis principal es que el requisito para la puesta en práctica de la misión integral es *una iglesia integral*, es decir, una iglesia en la cual el Espíritu de Dios está en libertad de actuar para que la Palabra de Dios se haga carne en ella; una iglesia que avanza en el proceso de transformación suya propia y de la comunidad a la cual sirve. En términos aún más concretos, una iglesia integral es una comunidad de fe en la que priman: 1) el compromiso con Jesucristo como Señor de todo y de todos; 2) el discipulado cristiano como un estilo de vida misionero al cual toda la iglesia y cada uno de sus miembros han sido convocados; 3) la visión de la iglesia como la comunidad que confiesa a Jesucristo como Señor y vive a la luz de esa confesión de tal modo que en ella se vislumbra la iniciación de una nueva humanidad; 4) los dones y ministerios como los medios que el Espíritu de Dios utiliza para capacitar a la iglesia y a todos sus miembros para el cumplimiento de su vocación como colaboradores de Dios en el mundo.

1. El compromiso con Jesucristo como Señor de todo y de todos

La misión integral es la expresión concreta del compromiso con Jesucristo como el Señor de la totalidad de la vida y de toda la creación.

El señorío de Jesucristo

Los estudiosos del Nuevo Testamento en general están de acuerdo en que la confesión “Jesucristo es el Señor” fue la confesión fundamental de la Iglesia primitiva, el criterio a la luz del cual se definía la relación de las personas tanto con Dios como con la comunidad de fe. Respecto a esa confesión caben las siguientes observaciones.

En primer lugar, basta una lectura superficial del Nuevo Testamento para notar la frecuencia con que aparece el título *Kyrios*, “Señor”, referido a Jesucristo. En el Nuevo Testamento a Jesús se le aplica el título de “Salvador” sólo en muy pocas ocasiones, pero el de “Señor” varios cientos de veces. Aunque es cierto que en muchas de éstas, especialmente en los Evangelios, *kyrios* no connota la idea de deidad una “cristología alta”, según las categorías teológicas, abundan los ejemplos de su uso para presentar a Jesús en términos que no dejan lugar a dudas de que a él le corresponde, por ser quien es, el mismo honor que a Dios.

En segundo lugar, para entender cabalmente el significado de la confesión de Jesús como *Kyrios* es necesario interpretarla en relación con ciertos datos del contexto histórico en que dicha confesión fue tomando forma en el primer siglo hasta constituirse en una suerte de síntesis de la fe y del mensaje de la iglesia primitiva. Uno de esos datos es que *Kyrios* es la traducción griega de YHWH (Yavé), el nombre propio de Dios, en la Versión de los Setenta. Sobre esta base, por

lo tanto, hablar del Señor es hablar ni más ni menos que de Dios. No extraña, entonces, que en el Nuevo Testamento se citen pasajes del Antiguo que utilizan el término *kyrios*, que originalmente se refieren a Dios, pero que en el Nuevo se refieren a Jesucristo. Otro dato es que en el culto imperial, en el primer siglo, al emperador romano se lo denomina *Kyrios* para destacar el carácter absoluto de su autoridad, propia de un dios. Y otro dato más es que en el mismo periodo histórico en Asia Menor, Siria y Egipto hay religiones en las cuales los dioses y las diosas (como Isis y Osiris, por ejemplo) reciben también el título de *Kyrios* y *Kyria*. La confesión de Jesús como *Kyrios*, consecuentemente, se hace en contraposición con otras confesiones y otras lealtades presentes en el mundo religioso, lo cual lleva a Pablo a afirmar:

sabemos que un ídolo no es absolutamente nada, y que hay un solo Dios. Pues aunque haya los llamados dioses, ya sea en el cielo o en la tierra (y por cierto que hay muchos *Adioses*® y muchos *Aseñores*®), para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para el cual vivimos; y no hay más que un solo Señor; es decir, Jesucristo, por quien todo existe y por medio del cual vivimos (1Co 8.4-6).

Si se toman en cuenta estos datos, es obvio que *la confesión de Jesucristo (el Cristo resucitado) como Señor es esencialmente el*

reconocimiento de su soberanía sobre la totalidad de la vida humana y sobre toda la creación. Según el apóstol Pablo, tal reconocimiento sólo es posible por la acción del Espíritu de Dios (1Co 12.3). Los cristianos son por definición Alos que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo@ (1Co 1.2; cf. Hch 9.14, 21; 22.16; 2Tim 2.22); los que han recibido “la palabra de fe” que el apóstol de los gentiles resume así: “Que si confieras con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo” (Ro 10.9-10).

En tercer lugar, la confesión de Jesucristo como Señor, que bien podría considerarse el eje central del mensaje apostólico,¹ equivale a la afirmación que *el Reino de Dios se ha hecho una realidad presente en la historia en la persona y obra de Jesucristo*, una afirmación corroborada por los Evangelios, sin por eso poner en tela de juicio la dimensión futura del Reino.

Entre los estudiosos del Nuevo Testamento hay consenso en que el Reino de Dios fue el mensaje central de Jesús; y son pocos los que no admiten que para él tal Reino era tanto presente como futuro. Esta doble dimensión del Reino presupone que *basileia* (“reino” en griego) en el Nuevo Testamento, como e muchos casos

¹ Cf. Oscar Cullmann, *The Christology of the New Testament*, SCM, Londres, 2da. ed., 1963, capítulo 7. Hay traducción castellana.

malkut (“reino” en hebreo) en el Antiguo Testamento, tiene un sentido dinámico: significa “soberanía”, “dominio” o “gobierno”. No se refiere, por lo tanto, a un reino territorial en el presente ni a un reino escatológico que tomará forma en el futuro, sino al poder de Dios en acción, el poder real de Dios que, en anticipación del fin, se manifiesta en el presente por medio de Jesucristo y que se manifestará en toda su plenitud en el futuro.

Surge, sin embargo, la pregunta por qué, si en la proclamación de Jesús el Reino de Dios ocupó un lugar tan prominente, en la de Pablo y los otros apóstoles prácticamente desaparece.² La respuesta más acertada parece ser que en el mundo grecorromano tenía mucho más sentido anunciar la soberanía universal de Jesucristo en términos de su *señorío* que en términos de su *poder real* como descendiente del Rey David. El uso de *Kyrios* en la proclamación del evangelio por parte del apóstol de los gentiles es una clara ilustración neotestamentaria de contextualización del mensaje en el primer siglo. La presencia del mismo título en la proclamación en un contexto judío, sin embargo, muestra que, como afirma Cullmann, “es claro que dondequiera que Pablo menciona la confesión de Cristo como Señor, depende de una vieja tradición y presupone estar familiarizado con ella como el fundamento

² Ver, sin embargo, Ro 14.17; 1Co 6.9, 10; 15.24, 50; Gá 5.21; Col 1.13; 4.11 2Ts 1.5; 2Tim 4.1.

de toda proclamación de Cristo.³ Evidentemente, desde el comienzo mismo de la iglesia los cristianos entendieron que la exaltación de Jesucristo, después de su resurrección, fue su entronización como Señor y Rey del universo. Así, Hechos 2.36, donde Pedro, en su sermón de Pentecostés, afirmó que a Jesús “Dios lo ha hecho Señor y Mesías”, entre otros pasajes, da testimonio de que tal convicción formaba parte de la proclamación de la iglesia ya en la Palestina.

La relación entre la resurrección y la exaltación de Cristo y su entronización como *Kyrios* aparece claramente en un pasaje en que el apóstol Pablo escribe que el poder de Dios a favor de los creyentes es el mismo que

Dios ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y lo sentó a su derecha en las regiones celestiales, muy por encima de todo gobierno y autoridad, poder y dominio, y de cualquier otro nombre que se invoque, no sólo en este mundo sino también en el venidero. Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo, y lo dio como cabeza de todo a la iglesia (Ef 1.20-22).

Es otra manera de afirmar que el Cristo resucitado ha sido constituido “Señor de todo y de todos”; ha sido entronizado para ejercer, por el poder de Dios, el gobierno de toda la creación (“todas las cosas”) “Jesucristo es el Señor”. En la

³ Cullman, *ibid.*, p. 215 (mi traducción del inglés).

misma línea, el himno cristológico en Filipenses 2.6-11 traza la trayectoria de Jesucristo desde su posición de igualdad con Dios, a su descenso a la condición de siervo, a su humillación en la muerte y muerte de cruz, a su exaltación “hasta lo sumo” como Señor ante cuyo nombre se dobla toda rodilla y toda lengua confiesa que él es *Kyrios Jesus Christos*. Como tal, dice Pablo en Efesios 1.22, Dios lo ha dado a la iglesia para que ella lo confiese y lo proclame en todas las naciones.

De la cristología a la eclesiología

El señorío de Jesucristo es la base tanto de la vida como de la misión de la iglesia. En la llamada “Gran Comisión” según Mateo 28.16-20, el mandato a “hacer discípulos”⁴ está precedido por la afirmación de soberanía universal por parte del Cristo resucitado: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra --dice él--. *Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las*

⁴ El verbo Adiscipular@ (*matheteuein*) aparece únicamente cuatro veces en el Nuevo Testamento, tres en Mateo (13.52; 27.57 y 28.19) y una en Hechos (14.21). Sólo en la AGran Comisión@ según Mateo el verbo aparece en modo imperativo, y en este pasaje define la acción central, es decir, el contenido de la misión. Los participios Abautizando@ y Aenseñando@, por otra parte, apuntan a *cómo* ha de realizarse la acción de hacer discípulos.

El sustantivo Adiscipulo@ (*mathetes*) es común en los Evangelios y Hechos, pero no ocurre en el resto del Nuevo Testamento. Aparece 73 veces en Mateo, 46 en Marcos, 37 en Lucas. En los Evangelios sinópticos es el término que se usa para referirse a los seguidores de Jesús, aunque en Marcos y Lucas se restringe a los Doce, en tanto que en Mateo tiene un uso más amplio: incluye a los Doce, por supuesto, pero no exclusivamente.

naciones” (vv. 18-19a, énfasis mío). Porque Jesucristo es el Señor de todo el universo, él debe ser proclamado como tal en todas las naciones, y en todas ellas debe llevarse a cabo la formación de discípulos que confiesen su nombre y vivan a la luz de esa confesión. El ámbito de la confesión de su señorío debe alcanzar la misma dimensión que la del ámbito de la autoridad que él ha recibido del Padre. La cristología que se sintetiza en la confesión “Jesucristo es el Señor” se constituye así en la base de una eclesiología que concibe a la iglesia como la comunidad que confiesa y proclama a Jesús como Señor de la totalidad de la vida humana y de toda la creación.

Sin la proclamación de Jesucristo como Señor no hay evangelio integral, y sin éste tampoco puede haber misión integral. Aquí radica el problema con versiones del mensaje cristiano que restringen la acción de Jesucristo al ámbito de la religión privada, “lo espiritual”, y excluyen toda referencia a su soberanía sobre otros ámbitos de la vida humana. Si Jesucristo es el Señor de todo el universo, a quien le ha sido dada autoridad en el cielo y en la tierra, su soberanía se extiende tanto al ámbito económico como al político, tanto al ámbito social como al cultural, tanto al ámbito estético como al ecológico, tanto al ámbito personal como al comunitario. Nada ni nadie queda excluido de su señorío.

Cuando la iglesia pierde de vista la centralidad del Señor Jesucristo, deja de ser iglesia y se

constituye en una secta religiosa incapaz de relacionar su mensaje con la vida práctica y la vida pública. *La iglesia integral es aquella que entiende que todos los ámbitos de la vida son “campos misioneros” y busca maneras de afirmar la soberanía de Jesucristo en todos ellos.* El señorío de Cristo es el fundamento de la eclesiología integral y de la misión integral. Las preguntas respecto a *qué es la iglesia y para qué existe la iglesia* sólo pueden responderse después de haber respondido la pregunta relativa a *quién es Jesucristo*. Si Jesucristo es el Señor de todo y de todos, la iglesia es *iglesia de Cristo* en la medida en que se entiende a sí misma como “la comunidad del Rey” Jesús, el Cristo, y define el propósito de su existencia en términos de testificar de él no sólo por lo que dice sino también por lo que es y por lo que hace. Si Jesucristo es el Señor de todo y de todos, la iglesia no es una agencia de “salvación individual” que pone al alcance de la gente los beneficios de la obra de Cristo sino la comunidad de fe llamada a encarnar el testimonio acerca de su señorío sobre la totalidad de la vida.⁵

⁵ Para una excelente elaboración de esta manera de entender a la iglesia en relación con el señorío de Cristo, ver Darrell L. Guder, *Ser testigos de Jesucristo: La misión de la iglesia, su mensaje y sus mensajeros*, Kairós, Buenos Aires, 2000. Según este autor, Aes una trágica herejía el reducir el señorío de Cristo a la faceta religiosa y espiritual de la vida, cuando él dijo que se le había dado toda autoridad en el cielo y en la tierra@ (p. 167).

2. El discipulado cristiano

El discipulado cristiano entendido como un estilo de vida misionero (la participación activa en la realización del propósito de Dios para la vida humana y para la creación revelado en Jesucristo), al cual toda la iglesia y cada uno de sus miembros han sido convocados, resume el contenido de la misión de la iglesia.

Si, como ya hemos afirmado, la iglesia es la comunidad que confiesa a Jesucristo como Señor y vive a la luz de esa confesión, entonces la proclamación de Jesucristo como Señor y la invitación, dirigida a todos, a someterse a su soberanía son aspectos ineludibles de la misión de la iglesia. Como argumenta Pablo,

No hay diferencia entre judíos y gentiles, pues el mismo Señor es Señor de todos y bendice abundantemente a cuantos lo invocan, porque *Atodo el que invoque el nombre del Señor será salvo@.* Ahora bien, *) cómo invocarán a aquel en quien no han creído?) Y cómo creerán en aquel de quien no han oído?) Y cómo oirán si no hay quien les predique?) Y quién predicará sin ser enviado? (Ro 10.12-15a)*

El que escucha el evangelio y responde a él positivamente emprende *el seguimiento de Jesús, un proceso de transformación que dura toda la vida y que abarca todos los aspectos de*

la vida. Al respecto caben aquí algunos comentarios.

En primer lugar, en círculos evangélicos ha habido una marcada tendencia a poner énfasis en la conversión como un acto puntual en que, por decisión personal y (se supone) por la acción del Espíritu, la persona pasa de muerte a vida. No es raro, por lo tanto, que el creyente dé la fecha de su conversión. Por cierto, sin arrepentimiento y sin fe no hay discipulado. Sin embargo, más allá de la experiencia espiritual puntual con que se inicia la vida cristiana, que no siempre se puede fechar, hay que afirmar que el propósito de Dios es reproducir en el creyente la imagen de su Hijo Jesucristo, el Hombre Nuevo, y que esto involucra un proceso de transformación que dura toda la vida. A ese proceso apuntan las palabras de Jesús, en la “Gran Comisión” según Mateo, sobre *cómo* “hacer discípulos”: 1) “bautizándolos en el nombre del Padre y del hijo y del Espíritu Santo” (el rito de iniciación en el seguimiento de Jesús y, consecuentemente, en la vida cristiana); 2) “enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes” (el proceso de formación *en* la práctica y *para* la práctica de la enseñanza de Jesús, es decir, “la voluntad de Dios”), sin la cual no hay discipulado genuino.

Desde la perspectiva bíblica, la *ortopraxis* (la obediencia a todo lo que Jesús mandó a sus discípulos) es por lo menos tan importante como la ortodoxia, si no más, ya que tiene como meta que los discípulos vivan en función del amor y

sean así hijos de su Padre que está en el cielo, “perfectos, así como su Padre celestial es perfecto” (Mt 5.45, 48). Los discípulos de Jesús no se distinguen por ser meros adherentes de una religión (un culto a Jesús) sino por un estilo de vida que refleja el amor y la justicia del Reino de Dios. La misión de la iglesia, por lo tanto, no puede limitarse a proclamar un mensaje de “salvación del alma”: su misión es “hacer discípulos” que aprendan a obedecer al Señor en todas las circunstancias de la vida diaria, tanto en lo privado como en lo público, tanto en lo personal como en lo social, tanto en lo espiritual como en lo material. *El llamado del evangelio es un llamado a una transformación integral que refleje el propósito de Dios de redimir la vida humana en todas sus dimensiones.* La misión integral sólo es posible cuando hay discípulos que tienen la visión de lograr que la levadura de los valores del Reino de Dios leuden todas las esferas de la sociedad.

En segundo lugar, Jesucristo da por sentado que hay todo un cuerpo de enseñanza que él ha encomendado a sus discípulos y que éstos, a su vez, tienen que transmitir a los nuevos discípulos. La idea implícita es que existe una tradición que se transmite de una generación de discípulos a otra; una tradición esencial para la realización de la vocación de hacer discípulos del Señor Jesucristo. Se trata, en efecto, de la *tradición (o enseñanza) apostólica* a la cual harán referencia posteriormente varios pasajes

del Nuevo Testamento (ver, p. ej., Hch 2.42; Ro 6.17; 1Co 11.23; Gá 1.8-9; Col 2.6-8).

Es necesario recordar, sin embargo, que la enseñanza de Jesús no fue meramente, ni principalmente, doctrinal o teórica, sino práctica y paradigmática. En otras palabras, su pedagogía consistió más que nada en su ejemplo y su acción, por medio de los cuales transmitía los valores del Reino de Dios encarnados en sí mismo. Así, por ejemplo, para enseñar la importancia del servicio humilde en la comunidad de sus seguidores, en su último viaje a Jerusalén habló de sí mismo como “el Hijo del hombre [que no] vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr 10.43-45), y en el aposento alto, poco antes de su crucifixión, lavó los pies de sus discípulos y luego les dijo: “Les he dado el ejemplo para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes” (Jn 10.15). Sin lugar a dudas, este tipo de enseñanza es parte esencial de la tradición apostólica (el *Amandato*) que él encomendó a sus seguidores para que llevaran a cabo la misión de hacer discípulos. Consecuentemente, la misión de los discípulos no se limitaría a ganar conversos para incrementar las cifras de miembros de la iglesia, sino que estaría orientada a hacer discípulos en cuyo estilo de vida se reprodujera el ejemplo de Jesucristo, un ejemplo de amor incondicional a Dios y al prójimo, de servicio humilde y solidaridad con los pobres, de compromiso con la verdad e intransigencia con toda forma de

hipocresía. En otras palabras, la misión de la iglesia se constituiría en una invitación y exigencia a emprender el seguimiento de Jesús como el medio de “recuperar@ a Jesús, la forma más radical de recuperar lo concreto de Jesús y hacer de ello origen y fundamento de toda vida.”⁶

Concebido en estos términos, el discipulado tiene su costo, y es un costo que no se puede evadir. Un aspecto de ese costo es la renuncia a todo lo que interfiera con la lealtad absoluta a Jesucristo como Señor. En un momento de popularidad, cuando lo seguían “grandes multitudes”, Jesús se volvió a ellas y les dijo: “Si alguno viene y no sacrifica el amor a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”. Se refirió a la necesidad de calcular el costo, como el que se propone construir una torre o el rey que está a punto de ir a la guerra contra otro rey, y luego añadió: “De la misma manera, cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo” (Lc 14.25-33). Es Jesús quien define las condiciones del discipulado. Y las define de tal modo que no deja lugar a dudas que su llamado es a un discipulado integral, un discipulado que consiste en una obediencia radical a la voluntad de Dios en todas las áreas de la vida, desde el

⁶ José María Castillo, *El seguimiento de Jesús*, Sígueme, Salamanca, 1986, p. 13.

área de las relaciones familiares hasta el área de las posesiones materiales.

En tercer lugar, la formación de discípulos según la imagen de Cristo se realiza en el contexto de la comunidad de fe, no aparte de ella. Jesús dijo: “De este modo todos sabrán que son mis discípulos: si se aman los unos a los otros” (Jn 13.15). Claramente, para Jesús la marca del discípulo es el amor. Sin embargo, nadie puede aprender a amar en aislamiento de los demás. En efecto, el conocimiento la experiencia del amor de Cristo, que, según Pablo, “sobrepasa nuestro conocimiento”, sólo es posible “junto con todos los santos” (Ef 3.18-19). Es en la iglesia, “la familia de Dios”, donde los discípulos aprenden a amar, y no sólo a amar, sino también a servir, a orar, a resistir el mal, a cultivar el bien. Es en la iglesia donde los discípulos descubren y ejercen sus dones y crecen hacia “la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo” (Ef 4.13). Es cierto que para iniciarse en el camino del discipulado se requiere una decisión personal que involucra la renuncia irrevocable a una vida en autonomía de Dios y la disposición a identificarse con Jesús en sus sufrimientos. También es cierto, sin embargo, que quien emprende el camino del seguimiento de Jesús sólo puede avanzar en su peregrinaje en la medida en que experimenta la gracia de Dios *en la iglesia y por medio de ella*.

La práctica de la misión integral presupone que la iglesia y cada uno de sus miembros dan prioridad absoluta al seguimiento de Jesús en términos de un estilo de vida misionero, un estilo de vida modelado en Jesús y diseñado para el testimonio, en palabra y acción, acerca del Señor Jesucristo; un estilo de vida centrado en Jesucristo como el Evento por medio del cual Dios ha obrado de manera definitiva la recuperación de su propósito para la totalidad de su creación. Tal estilo de vida es realmente *evangélico*, no en un sentido sectario en que el ser evangélico significa identificarse con una iglesia-gueto que cree poseer el monopolio de la verdad, pero en el sentido lato del término: ser evangélico significa depender enteramente de la gracia de Dios manifestada en Jesucristo, someterse a él como el Señor de la totalidad de la vida y de toda la creación, y participar en la difusión de las buenas nuevas de él como el camino, la verdad y la vida (Jn 14.6). Como dice John H. Yoder:

El mensaje no puede quedarse en el gueto porque las buenas nuevas son por naturaleza para el mundo y acerca del mundo. Las buenas nuevas no son información que seguirá siendo verdadera aunque la gente en el gueto la celebre exclusivamente para sí misma: son buenas nuevas de un relato constructor de comunidad para el cual el mundo más

allá del gueto constituye la mitad del evento de reconciliación.

3. Una visión bíblica de la iglesia

La iglesia es la comunidad que confiesa a Jesucristo como Señor de todo y de todos y vive a la luz de esa confesión de tal modo que en ella se vislumbra la iniciación de una nueva humanidad.

La iglesia no es la suma de individuos que se vinculan unos con otros sobre la base de intereses religiosos que comparten entre sí. Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, la iglesia ocupa un lugar central en la historia de la salvación porque es la comunidad testigo del propósito de Dios en Jesucristo. Su testimonio, sin embargo, no consiste en palabras solamente: su testimonio es esencialmente *encarnacional*. ¿En qué sentido?

Es obvio que este adjetivo hace referencia al acto central de Dios en la historia: la encarnación. La iglesia no es la prolongación de la encarnación (una idea común en la dogmática católica romana), pero desde el punto de vista bíblico, existe una estrecha relación entre la vida y misión de la iglesia, por un lado, y la vida y misión de Jesucristo, por otro lado. Sin negar el carácter singular de la obra de Jesucristo,

⁷ John H. Yoder, *The Priestly Kingdom: Social Ethics as Gospel*, University of Notre Dame, Notre Dame, Indiana, 1984, p. 55.

podemos afirmar sin temor de equivocarnos que esa obra se prolonga y se hace efectiva en la historia, por el poder del Espíritu, por medio de la vida y misión de la iglesia.

Como ya hemos dicho antes, el señorío de Jesucristo constituye la base de la misión de la iglesia. Porque él ha recibido toda autoridad en el cielo y en la tierra, la iglesia está llamada a hacer discípulos en todas las naciones. Jesucristo provee así el *por qué* de la misión. A la vez, él provee el contenido, el *qué*, del mensaje, por lo cual Pablo afirma: *¿No nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo como Señor?* (2Co 4.5). *¿Qué es el evangelio si no es precisamente buenas nuevas acerca de Jesucristo?* La misión de la iglesia es encarnacional en cuanto se centra en la Palabra de Dios que se hizo hombre.

La encarnación de Dios en Jesucristo, sin embargo, no sólo provee el *qué* y el *por qué* de la misión, sino también el *cómo*. El Cristo resucitado dijo a sus discípulos: “Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes” (Jn 20.21). La implicación es clara: la forma que tomó el envío de Jesús por parte del Padre se constituye en el modelo o paradigma del apostolado de sus seguidores (el apostolado por medio del cual se hacen discípulos).

Para entender en qué sentido la misión de Jesús sirve como paradigma de la misión de la iglesia es necesario tomar en cuenta la totalidad de los “eventos salvíficos” por medio de los cuales Jesús llevó a cabo su misión: su vida y

ministerio, su muerte en la cruz, su resurrección y su exaltación. Cada uno de estos eventos apunta en dirección a la misión integral como el medio por el cual la iglesia prolonga la misión de Jesús a lo largo de la historia y la obra redentora de Jesús cobra vigencia en la situación actual.

La iglesia y la vida y ministerio de Jesús

La tradicional tendencia a separar la muerte de Jesús de su vida y ministerio terrenal (una marcada tendencia en círculos evangélicos) a cuenta de dar a la cruz un lugar prominente ha resultado en un lamentable déficit de énfasis en la importancia que su vida y ministerio tienen para la misión de la iglesia. Es verdad que los cuatro Evangelios destacan la pasión y muerte de Jesucristo hasta tal punto que hay mucho de cierto en lo que se ha dicho respecto a los Evangelios: que son en esencia narraciones de los acontecimientos inmediatamente anteriores a la crucifixión, con sus respectivas introducciones más o menos extensas. Por otro lado, Pablo destaca la centralidad de la cruz cuando afirma que él predica a *“Cristo crucificado”* (1Co 1.23; cf. 2.2). Sin embargo, lo que da validez a la muerte de Jesucristo como “sacrificio por el perdón de nuestros pecados” (1Jn 4.10) es que fue el sacrificio del hombre perfecto cuyo estilo de vida sentó las bases para la definición de lo que significa amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Su vida y

ministerio terrenal se constituyeron así en el modelo para la vida y misión de la iglesia.

Una de las características más dignas de encomio de la teología latinoamericana de la liberación fue su énfasis en el Jesús histórico como paradigma de la misión de la iglesia. El evangelio como anuncio de buenas nuevas a los pobres, proclamación de libertad a los cautivos, restauración de la vista a los ciegos y liberación de los oprimidos se constituyó en el criterio para evaluar hasta dónde la misión de la iglesia hoy es realmente la continuación de la misión de Jesús de Nazaret.⁸ La opción de algunos teólogos de la liberación por el comunismo marxista como el sistema socioeconómico y político deseable para todas las naciones no debe impedirnos reconocer la solidez bíblica y el valor misional de este énfasis en la solidaridad de Jesús con los pobres y los oprimidos como modelo para la misión de la iglesia. Como afirma John Perkins, la iglesia está llamada a “tomar el lugar de Jesús en una comunidad específica,

⁸ Muchos años antes del surgimiento de la teología de la liberación en América Latina, E. Stanley Jones Cun misionero metodista a la India interpretó el Adiscurso programático@ de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4.18-19) como el programa, en términos generales, del Reino de Dios en la tierra. Cf. *Cristo y el comunismo* (edición condensada), Mundo Hispano, El Paso, 1974. La obra original en inglés, *Christ=s Alternative to Communism*, se publicó originalmente en 1935. Según Jones, Cristo Anos ha dado un reino, que era nada menos que el nuevo Orden, el Orden definitivo abriéndose paso para trascender al orden actual y cambiarlo; y nosotros lo hemos convertido en un redil, al que corremos en busca de refugio, esperando que Jesús nos lleve al cielo@ (p. 83).

haciendo lo que él haría, yendo donde él iría, enseñando lo que él enseñaría”.⁹

La iglesia y la cruz de Jesús

La cruz representa la culminación de la entrega de Jesucristo en sumisión a la voluntad del Padre y para la redención de la humanidad. “Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios” (2Co 5.21). Esto está en el meollo mismo del evangelio. Sin embargo, la cruz representa también el costo del discipulado y de la fidelidad al llamado de Dios a participar en la realización de su propósito de redención. El nexo entre la muerte de Jesucristo en la cruz, por un lado, y la apropiación de la justicia de Dios por la fe (la justificación), por otro. La iglesia es fundamentalmente la comunidad escatológica, es decir, de los últimos tiempos, empoderada por el Espíritu para dar testimonio del Señor Jesucristo como el Señor de todos y de todo. Tal empoderamiento se da en términos de diversos dones y ministerios que todos los miembros reciben para la edificación del Cuerpo de Cristo. Como dice Pablo desde su perspectiva trinitaria: “Ahora bien, hay diversos dones, pero un mismo Espíritu. Hay diversas maneras de servir, pero un mismo Señor. Hay diversas funciones, pero

⁹ John Perkins, *Beyond Charity: The Call to Christian Community Development*, Baker Books, Grand Rapids, 1993, p. 39.

es un mismo Dios el que hace todas las cosas en todos@ (1Co 12.4).

lado, lo establece la misión de la iglesia. Como afirma el apóstol Pablo, la obra de reconciliación tiene dos aspectos íntimamente ligados entre sí: Dios “por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de reconciliación; esto es, que en Cristo Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados y encargándonos el mensaje de la reconciliación” (2Co 5.18-19). El ejercicio del ministerio de reconciliación@, sin embargo, tiene un costo tanto en términos de entrega sacrificada por los demás, entrega en la cual se reproduce la de JesucristoC como en términos de sufrimiento por causa del evangelio. La iglesia no es tal si no es, según la descripción de Bonhoeffer, “la iglesia para los demás” en la cual se reproduce la imagen de Ael hombre para los demás@, es decir, el hombre que “no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mr 10.45). Además, Jesús, al enviar a sus discípulos en misión durante su ministerio terrenal, les advirtió que el sufrimiento sería parte constitutiva de la

misión ellos como lo fue de la misión de él (cf. Mt 10.18, 24-25). No sería fortuito ni accidental, sino la consecuencia lógica de la pertenencia a la comunidad basada en el seguimiento del Siervo sufriente. Consecuentemente, Pablo escribirá a los creyentes en Filipos que a ellos “se les ha concedido no sólo creer en Cristo, sino también sufrir por él (Fil 1.29).

La cruz también fue el medio por el cual, como afirma Pablo, Cristo derribó el muro de separación entre judíos y gentiles para crear así una nueva humanidad, un solo cuerpo (Ef 2.14-16). La iglesia, por lo tanto, está llamada a manifestar, tanto en su vida como en su proclamación, la reconciliación con Dios y de individuos y grupos entre sí. Para quienes se colocan a la sombra de la cruz de Cristo desaparecen las divisiones étnicas, sociales y de género, de tal modo que “ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer”, sino que todos son *uno solo en Cristo* (Gá 3.28). Por medio de la iglesia se vislumbra así una nueva humanidad que encarna anticipadamente el propósito de Dios, que se llevará a cabo “cuando se cumpla el tiempo”, de reunir en Cristo “todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra” (Ef 1.10).

La iglesia y la resurrección de Jesús

La realización del propósito de Dios para la vida y misión de la iglesia cuenta con un recurso sin parangón: el poder con el cual Dios levantó a Jesús de entre los muertos “el poder de la resurrección. No sorprende, por lo tanto, que Pablo en su oración por los creyentes pida a Dios que ellos experimenten “la fuerza grandiosa y eficaz” de ese poder (Ef 1.19-20).

La resurrección de Cristo es el despuntar de un nuevo día en la historia de la salvación. Fue la confirmación de que su sacrificio había sido efectivo para contrarrestar la funesta consecuencia del pecado, que es la muerte. Para quienes ponen su confianza en él, por lo tanto, la muerte no tiene la última palabra. “El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley. (Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1Co 15.56-57).

Porque la muerte ha sido vencida, la esperanza cristiana en el triunfo final del propósito de Dios tiene un fundamento sólido. El Cristo resucitado es los primeros frutos de la gran cosecha: una nueva humanidad. Por su resurrección se ha insertado en la historia un principio de vida que garantiza, no la mera supervivencia del alma por toda la eternidad, sino la validez permanente de todo lo que la iglesia hace por el poder del Espíritu en pro de la causa de Jesucristo, que es la causa del amor y la justicia. De ahí la exhortación paulina: “Por lo tanto, mis queridos hermanos, manténganse firmes e inmovibles, progresando siempre en

la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano” (1Co 15.58). *La causa de Jesucristo es la única causa que tiene futuro*. Por lo tanto, tiene sentido orar: “Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” y trabajar para que el poder de la resurrección se manifieste aquí y ahora en todas las esferas de la vida humana y en toda la creación.

La iglesia y la exaltación de Jesús

La estrecha relación que existe entre la dimensión presente del Reino de Dios y la presencia del Espíritu de Dios que actúa en la historia para hacer posible la misión de la iglesia se hace patente en las palabras de Jesucristo en respuesta a una pregunta que le hacen sus seguidores más cercanos inmediatamente antes de su ascensión: “Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?” (Hch 1.6). Aun después de la crucifixión y la resurrección (dos eventos que debían haber trastornado totalmente la visión que los apóstoles tenían de la verdadera naturaleza de la misión de Jesús) los discípulos persisten en sus aspiraciones judías nacionalistas, las mismas que los habían animado en su seguimiento de Jesús desde el comienzo de su relación con él y hasta la crucifixión de su Maestro. La respuesta aparentemente guarda poca relación con la pregunta, pero pone en relieve la combinación de factores que entrarán en juego en la historia

de la salvación a partir de la ascensión de Jesucristo: “No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre. Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra” (vv. 7-8). Caben aquí los siguientes comentarios:

En primer lugar, estas son, según Lucas, las últimas palabras de Jesús antes de su ascensión. Recogen la quinta versión de la “Gran Comisión”,¹⁰ en la cual se sintetiza en forma narrativa la misionología de todo el libro de los Hechos de los Apóstoles. Comenzando en Jerusalén, el evangelio se extiende primero a las zonas aledañas “Judea y Samaria” y luego avanza hasta llegar a Roma. En todo este proceso, la iglesia ocupa un lugar clave, pero no la iglesia sola, sino *la iglesia en el poder del Espíritu*. La misión no es un proyecto meramente humano, sino el resultado de la prolongación de la misión de Jesús en la historia, hecha posible por la acción del Espíritu. Como tal, se lleva a cabo no sólo por medio de lo que los testigos de Jesucristo *dicen*, sino también por lo que ellos *son y hacen*.

¹⁰ Las otras cuatro versiones están en los cuatro Evangelios: Mt 28.18-20, Mr 16.15-18 (aunque los manuscritos más antiguos no incluyen Mr 16.9-20), Lc 24.46-49 y Jn 20.22-23. Para un valioso estudio exegético y contextual de estos pasajes, ver Mortimer Arias, *La Gran Comisión*, CLAI, Quito, 2001.

En segundo lugar, Pentecostés sucede inmediatamente después de la ascensión y es inseparable de ella. Jesucristo es entronizado como “Señor y Mesías” (Hch 2.36), Rey del universo, y desde esa posición envía a su Espíritu para capacitar a la iglesia en función del propósito de hacer discípulos de todas las naciones. El alcance universal de la misión se ve reflejado en la presencia en Jerusalén de representantes “judíos piadosos, procedentes de todas las naciones de la tierra” (v. 5) el día de Pentecostés. El Cristo resucitado, del cual da testimonio la iglesia, ha sido glorificado para reinar y poner a sus enemigos debajo de sus pies. Como Pedro les explica a los creyentes en su sermón de Pentecostés: “Exaltado por el poder de Dios, y habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, ha derramado esto que ustedes ahora ven y oyen. David no subió al cielo, y sin embargo declaró: ‘Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies’” (vv. 33-35). Años después, en coincidencia con Pedro, el apóstol Pablo afirmará que es necesario que Cristo *reine* [tiempo presente] hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1Co 15.25). Con la exaltación de Jesucristo y el advenimiento del Espíritu Santo en Pentecostés se ha iniciado una nueva era en la historia de la salvación: la era del Espíritu, que es a la vez la era de Jesucristo exaltado como Señor y Mesías, y la era de la iglesia y su misión de hacer discípulos por el poder del Espíritu.

En tercer lugar, la promesa de Jesucristo a sus apóstoles de estar con ellos *“siempre, hasta el fin del mundo”* (Mt 28.20), una promesa que acompaña su comisión de hacer discípulos de todas las naciones, tiene su cumplimiento mediante la presencia del Espíritu y la Palabra, el binomio que hace posible tanto la existencia de la iglesia como el cumplimiento de la misión. Como afirma Emil Brunner: “La *Ecclesia* es lo que es por medio de la presencia de Cristo que habita en ella. Él está presente en ella por medio de su Palabra y su Espíritu.”¹¹

Por último, Hechos 2.41-47 muestra claramente que lo que resulta de la experiencia de Pentecostés no es una iglesia-gueto dedicada al cultivo de una religión individualista y alienante. Por el contrario, es una comunidad del Espíritu, una comunidad que se constituye en foco de atracción “disfrutando de la estimación general del pueblo” (v. 47) porque encarna los valores del Reino de Dios y afirma en su estilo de vida el señorío de Jesucristo sobre la totalidad de la vida, incluso su aspecto económico. Es una comunidad misionera que proclama la reconciliación con Dios y la restauración de toda la creación por el poder del Espíritu. Es una comunidad en la cual se vislumbra la iniciación de una nueva humanidad y se ve, aunque sea “de manera indirecta y

¹¹ Emil Brunner, *El malentendido de la iglesia*, Transformación, Guadalajara, 1985, p. 11.

velada, como en un espejo” (1Co 13.12), la realización del propósito de Dios para toda la humanidad. “Aunque la iglesia está inmersa en el mundo, por su manera de ser representa la promesa de otro mundo que no está en algún otro lugar sino que va a hacerse presente aquí”.¹²

4. Los dones y ministerios

Los dones y ministerios son los medios que el Espíritu de Dios utiliza para capacitar a la iglesia como gestora de cambios en la sociedad “cambios que reflejen el propósito de Dios para la vida humana y para toda la creación” y a todos los creyentes para el cumplimiento de su vocación como colaboradores de Dios en el mundo.

La iglesia es fundamentalmente la comunidad escatológica, es decir, de los últimos tiempos, empoderada por el Espíritu para dar testimonio del Señor Jesucristo como el Señor de todos y de todo. Tal empoderamiento se da en términos de diversos dones y ministerios que todos los miembros reciben para la edificación del Cuerpo de Cristo. Como dice Pablo desde su perspectiva trinitaria: “Ahora bien, hay diversos dones, pero un mismo Espíritu. Hay diversas maneras de servir, pero un mismo Señor. hay

¹² Yoder, *op. cit.*, p. 94.

diversas funciones, pero es un mismo Dios el que hace todas las cosas en todos” (1Co 12.4).

No es posible exagerar la importancia de esta afirmación para la articulación de una eclesiología para la misión integral. A la vez, con demasiada frecuencia las iglesias evangélicas muestran un déficit muy grande en este tema. Las razones de tal déficit son múltiples, pero tal vez la más importante sea la tendencia a hacer del cristianismo una mera religión dedicada a satisfacer necesidades que están vinculadas íntimamente con el sentido humano de lo sagrado y con el culto divorciado de la vida. Así concebido, el cristianismo precisa de “sacerdotes” que cumplan la función de mediadores entre Dios y los fieles. Desde esta perspectiva, la iglesia es una institución religiosa dirigida por especialistas en cuestiones de religión, dedicados primordialmente al culto y a la atención a las “necesidades espirituales” de la gente. Hay una división marcada entre “clérigos” y “laicos”, entre la “vida religiosa” y la “vida seglar”, entre “lo sagrado” y “lo secular”.

Es imposible que en el terreno del cristianismo-religión germine y florezca la visión de la iglesia toda y de cada miembro de ella como portadores de una misión integral, una misión que toque todas las áreas de la vida humana y de la creación.

Hay que admitir que el Nuevo Testamento no responde a todas las preguntas que podrían plantearse respecto a la iglesia, especialmente en lo que atañe a su aspecto institucional. Tal es

el caso de ciertas preguntas relativas al gobierno de la iglesia, lo cual da pie al disentimiento al respecto entre diferentes denominaciones evangélicas. De lo que no cabe duda es de que, desde la perspectiva neotestamentaria, no hay base para hacer de la iglesia una institución jerárquica en la cual una pequeña elite tiene el monopolio de dones y ministerios en tanto que la mayoría tiene que limitarse a *Asometerse* a sus dirigentes.

La misión integral exige una “desclericalización” de los ministerios y una “laicización de los clérigos. En otras palabras, exige el reconocimiento del *carácter apostólico de toda la iglesia*, lo cual implica, por un lado, que todos sus miembros, por el solo hecho de ser discípulos de Cristo, participan del envío al mundo, por parte de Jesucristo, como sus testigos, y, por otro lado, que los dirigentes forman parte del *laos* (el pueblo de Dios), como todos los demás seguidores de Cristo, sin ser más ni menos que ellos.

Todo esto guarda relación con una enseñanza bíblica que se constituyó en uno de los pilares de la Reforma del siglo 16: el *sacerdocio de todos los creyentes*. Es justo acotar, sin embargo, que los reformadores clásicos, como Lutero y Calvino, destacaron las *consecuencias soteriológicas* de esa doctrina (que el individuo puede relacionarse directamente con Dios, sin necesidad de intermediarios), pero descuidaron sus *consecuencias eclesiológicas* (que todo creyente está llamado al ministerio cristiano, sea

cual fuere su vocación. Como consecuencia, en el pueblo evangélico se hizo común la idea de que era posible separar los beneficios de la salvación de la responsabilidad misionera. La misión integral exige la recuperación del sacerdocio de todos los creyentes de tal modo que la iglesia sea una comunidad donde todos los miembros por igual se estimulen mutuamente en el descubrimiento y desarrollo de dones y ministerios en múltiples áreas de la vida humana que requieren ser transformadas por el poder del evangelio. Como dice Boff, la realidad más fundamental sin la cual no existe la iglesia es la fe en la presencia activa del Resucitado y de su Espíritu en el seno de toda la comunidad humana, haciendo que ésta viva los valores esenciales sin los cuales no hay humanidad, y esto lleva a “aceptar la corresponsabilidad de todos en la edificación de la Iglesia, y no únicamente de algunos pertenecientes a la institución clerical”.¹³

¿Cuál es, entonces, el lugar de los líderes de la iglesia? ¿No hay lugar para ministerios “especializados”, tales como los que desempeñan los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los pastores y maestros mencionados en Efesios 4.11? Nada de lo dicho hasta aquí impide una respuesta afirmativa: el Cristo resucitado y exaltado ha repartido dones y constituido estos ministerios para el cumpli-

¹³ Leonardo Boff, *Eclesiogénesis: Las comunidades de base reinventan la iglesia*, Sal Terrae, Santander, 1984, p. 39.

miento de su propósito. Sin embargo, esta lista de dones (en este caso personas-dones más que capacidades especiales) tiene que ser complementada por otras tres listas, dos en 1 Corintios 12 (vv. 7-11 y 28-30) y una en Romanos 12 (vv. 6-8). La combinación de las cuatro listas¹⁴ sugiere que no hay una jerarquía de dones o ministerios; que todos éstos están en un orden de igualdad y han sido otorgados por Aun mismo y único Espíritu, quien reparte a cada [miembro del Cuerpo de Cristo] según él determina (1Co 12.11). Lo fundamental para que la iglesia cumpla su función de testigo de Jesucristo no es una jerarquía sino una *comunidad de dones* que se complementan entre sí y contribuyen por igual al bien común. Hasta dónde llega el anhelo de evitar que los líderes de la iglesia dependan de un derecho formal, derivado de su posición, para ejercer el liderazgo en la comunidad de fe se hace obvio en la exhortación de Pedro a los ancianos o “presbíteros” (pastores): “Cuiden como pastores el rebaño de Dios que está a su cargo, no por obligación ni por ambición de dinero, sino *con afán de servir, como Dios quiere. No sean tiranos con los que están a su cuidado, sino sean ejemplos para el rebaño*” (1P 5.2-3, énfasis mío). En la comunidad del Espíritu se mantienen vigentes el principio del servicio y la pedagogía

¹⁴ A los pasajes mencionados se podría añadir 1P 4.11, pero en realidad este pasaje no ofrece una lista de dones sino sólo menciona dos categorías generales en que podrían clasificarse los mismos: los relacionados con el *hablar* y los relacionados con el *servir*.

del ejemplo, encarnados en Jesucristo, como las normas fundamentales para el ejercicio del poder. La iglesia precisa de líderes, es cierto, pero de líderes-siervos; precisa de maestros, pero de maestros-aprendices. Como lo expresa Guder: “El liderazgo organizador de la Iglesia... es funcional; es decir, está ahí para servir y capacitar al pueblo entero para su ministerio”.¹⁵ En efecto, a eso apunta Efesios 4.11-12, que afirma que las personas-dones han sido dadas a la iglesia *Αα* fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo.

Por supuesto, esto no niega la necesidad ineludible que la iglesia tenga una estructura organizacional o institucional. Brunner argumentó en *El malentendido de la iglesia* que la iglesia-institución, caracterizada por la organización institucional y resultante de siglos de historia eclesiástica, no debe ser confundida con la *Ecclesia* del Nuevo Testamento, caracterizada por un orden establecido por el Espíritu.¹⁶ Para él, tal reconocimiento por parte de todas las iglesias sería el primer paso para lograr un mayor sentido de unidad entre ellas, pues ninguna pretendería ser la heredera directa

¹⁵ Guder, *op. cit.*, p. 181.

¹⁶ Cf. *op. cit.* Para Brunner, *Αα Ecclesia como koinonia Christou y koinonia pneumatou*, como el Cuerpo de Cristo, es una comunión pura de personas enteramente sin carácter institucional (p. 18), en tanto que la iglesia histórica es más bien algo que ha surgido en el curso de una historia larga y complicada, a través de un proceso de desarrollo, transformación y retrovisión, de la *Ecclesia* (p. 15).

de la *Ecclesia* original y todas verían su necesidad de una continua reforma. Por otra parte, tal reconocimiento removería uno de los mayores obstáculos para la preservación de la verdadera iglesia, pues “no es la hostilidad de un mundo no creyente, sino el eclesiasticismo clerical lo que ha sido siempre el enemigo principal del mensaje cristiano y la comunión arraigada en Cristo”.¹⁷ Aun así, hacia el final de su estimulante obra sugirió que bien podría ser la voluntad de Dios que para el momento actual surjan nuevas estructuras eclesiales “de un orden muy diferente, estructuras que favorezcan el desarrollo de “la esencia de la *Ecclesia* del Nuevo Testamento, la unidad de comunión con Cristo por la fe y la fraternidad en amor”.¹⁸ Sin descartar la tesis de Brunner, aquí tendríamos que añadir que las estructuras que favorecen “la unidad de comunión con Cristo por la fe y la fraternidad en amor” son tan necesarias para la vida interna como para la vida externa de la iglesia. El carácter histórico de la iglesia exige que la iglesia se organice, pero una cosa es que se organice para mantenerse como organización o asegurar su supervivencia, otra cosa es que se organice para la misión integral, para colaborar con Dios en la realización de su propósito para la vida humana y para toda la creación. Es fundamental que la iglesia se estructure en función de la misión integral. En ausencia de la

¹⁷ *Ibid.*, p. 154.

¹⁸ *Ibid.*, p. 156.

obra de Dios por medio de su Espíritu, en ningún momento la organización asegura que la iglesia ha de lograr sus objetivos relacionados con el testimonio acerca de Jesucristo como Señor de todos y de todo. Lo que sí es seguro, sin embargo, es que la falta de una organización adecuada atenta contra el desarrollo de la misión.

Todas las iglesias están llamadas a colaborar con Dios en la transformación del mundo a partir del evangelio centrado en Jesucristo como Señor del universo, cuyo señorío provee la base para una eclesiología integral y una misión integral. La misión de la iglesia es la formación de discípulos de todas las naciones, discípulos que se identifiquen con Jesucristo en su muerte y resurrección mediante el bautismo y aprendan a obedecerle en todas las dimensiones de la vida humana. Para su testimonio encarnacional la iglesia depende de los eventos salvíficos por medio de los cuales Jesús obró la redención: su vida y ministerio, su muerte en la cruz, su resurrección y su exaltación. Por el poder del Espíritu, la iglesia constituye el comienzo de una nueva humanidad y, en lo que es, hace y dice, da testimonio de Jesucristo y colabora con Dios en la realización de su propósito. Es una comunidad de dones y ministerios; una comunidad de esperanza, fe y amor; una comunidad que se estructura en función de la misión integral para la gloria de Dios.